

*IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS Y LOS ACTOS  
DEL ATENEO DE SEVILLA (DICIEMBRE DE 1927)*

Rogelio Reyes Cano  
Fundación de Estudios Taurinos<sup>1</sup>



«Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,  
un andaluz tan claro, tan rico de aventura».



on estos versos finales del *Llanto* por Ignacio Sánchez Mejías Federico García Lorca resumía las dos grandes cualidades del héroe de su gran elegía: la “claridad”, es decir, la inteligencia, y el “valor”, la audacia –“tan rico de aventura”-. Ambas virtudes ilustran la profunda admiración que Lorca y en general los escritores de la *Generación del 27*, fascinados por la fuerte personalidad del torero, sintieron por quien cada tarde ponía, como dijo Jorge Manrique, su vida «al tablero», es decir, en riesgo, jugándose en cada lance «la suerte o la muerte». Como es sabido, Lorca comenzó a escribir este gran poema fúnebre al filo mismo de la cogida y muerte de Sánchez Mejías, un día de agosto de 1934, cuando el toro *Granadino*, de la ganadería de Ayala, segó su vida en la plaza manchega

---

<sup>1</sup> Es director del Departamento de Literatura de la Universidad de Sevilla y de la Real Academia Sevillana de Bellas Artes de Sevilla.

de Manzanares. Pero el impresionante testimonio poético de Lorca no fue sino la culminación de las largas y estrechísimas relaciones que durante años se establecieron entre el torero y los poetas e intelectuales del 27, con los que llegó a tener una fraternal amistad que sin duda alguna, y una vez muerto el torero, contribuyó a acrecentar su figura quizá en una medida superior a sus auténticos méritos profesionales. La fama de Ignacio, gracias sobre todo al *Llanto* lorquiano, pero también a otros textos de Gerardo Diego, de Alberti, de Jorge Guillén..., ha traspasado las fronteras de España y se ha convertido en un verdadero mito universal. Protagonista del más grande poema elegíaco de la literatura española del siglo XX, gracias a éste su nombre es conocido por quienes aman pero también por quienes repudian la fiesta de los toros, con una proyección que no llegarán a tener nunca otras figuras del toreo mucho más importantes que él.

El temprano origen de su dedicación a los toros hay que buscarlo en un rasgo de su personalidad que destacan todos los que le conocían: su afición al riesgo y a la aventura, la energía y el entusiasmo que desplegaba en cuantas actividades acometía. Que fueron muchas, pues, aparte de torero, Ignacio fue también agricultor, escritor, empresario teatral, jugador de polo, responsable de la Cruz Roja y hasta presidente del Real Betis, y en todas ellas brilló con un estilo peculiar. Era un temperamento activo y vitalista, un personaje curioso y abierto al mundo, castizo y cosmopolita al mismo tiempo –de ahí su sintonía con la modernidad de los poetas del 27–, incapaz de resignarse a vivir una vida tranquila en la placentera quietud de su cortijo de Pino Montano. Por eso se sintió atraído por la arriesgada aventura del toreo.

Como dijo Joaquín Romero Murube, la clave de la entusiasta vocación torera de Ignacio estaba en esa fortísima energía personal, canalizada hacía lo que en la Sevilla de aquel momento constituía el canon del heroísmo popular: ser torero. Ignacio

«fue torero –escribe– porque en el instante sevillano en que él nació, la gloria romántica... estaba en la torería. Era lo heroico de entonces. Si Ignacio hubiera cumplido los veinte años ahora, hubiera sido cualquier cosa heroica y difícil desde luego, menos torero... Podía serlo todo: ingeniero, político, escritor... Ignacio lo era todo menos la gracia: era el esfuerzo y el coraje, la reflexión y la lucha».

En efecto, más que la gracia –cualidad ausente de su forma de torear– los *poetas del 27* admirarán en él el valor y la inteligencia, una formidable inteligencia natural –claridad de mente, fino raciocinio– metafóricamente asociada no a la tónica Andalucía de los gitanos sino a la Andalucía romana, a la antigua Bética.

«Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza,  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia».

Escribe Lorca en el *Llanto*. Lo mismo viene a decir Jorge Guillén:

«Ignacio... nos interesaba mucho, y no sólo por su hombría de gran sevillano y aquel porte de quien se jugara muchas veces la vida: “la suerte o la muerte”. Aquellas calidades, a las que nosotros –pobres de nosotros– no estábamos acostumbrados, podrían haberse resuelto en una

gallardía pintoresca. Y no era así. Lo más sorprendente era que Ignacio discurría con una de las cabezas más claras de nuestro tiempo. En su mente no se embrollaban las ideas».

Y Rafael Alberti, que tuvo con él mucho trato, lo retrata así:

«¡Qué hombre más extraordinario e inteligente aquel torero! ¡Qué rara sensibilidad para la poesía, y sobre todo para la nuestra, que amó y animó con entusiasmo, ya amigo de todos!... Porque Ignacio, en lo físico y en todo, no era un andaluz de gitanería, sino ese otro, clásico, grave, perfilado y severo de la Sevilla de Trajano».

Puede decirse, pues, que estos grandes *poetas del 27*, entonces todavía unos jóvenes casi desconocidos, comenzaron admirando al torero y terminaron admirando también al hombre a medida que Ignacio se fue interesando por el mundo de la literatura. Sus primeros contactos con los escritores de la *Generación del 27* tuvieron lugar en Madrid, a través de José María de Cossío, amigo y en cierto modo maestro de todos ellos, gran aficionado a la fiesta de los toros y autor de un monumental estudio sobre ese tema, verdadero “clásico” de la bibliografía taurina. En la España de los años 20 las conexiones entre toreros e intelectuales se habían hecho cada vez más estrechas, superando las críticas de los escritores del 98, que desde una mentalidad regeneracionista veían todavía en el mundo de los toros un reflejo del atraso de nuestro país. Pero ya en 1912, con motivo del gran éxito de Juan Belmonte, entonces todavía novillero, algunos escritores y artistas como Ramón María del Valle Inclán, Ramón Pérez de Ayala e Ignacio de Zuloaga, decidieran ofrecerle al joven torero sevillano



Lám. n.º 18.— Ignacio practicaba un toreo de capa de gran altura y muy variado. En la imagen, un lance de su firma, que lo iniciaba levantando los brazos como si fuera a ejecutar el pase del delantal pero lo terminaba en media verónica (archivo familiar).

un banquete de homenaje. Se dice que Valle Inclán, fascinado por el arte de Belmonte, le dijo: «¡Juanito, hijo, para ser perfecto sólo te falta morir en el ruedo!». A lo que Belmonte, siguiendo el juego de esa gran “boutade”, respondió de inmediato: «Se hará lo que se pueda, Don Ramón, se hará lo que se pueda!». Graciosa anécdota que revela hasta qué punto el mundo del toreo atraía a los hombres de pluma, entre ellos nada menos que a José Ortega y Gasset, quien dijo con toda razón que no era posible conocer nuestra historia como nación sin estudiar el fenómeno taurino:

«Afirmo de la manera más taxativa que no puede comprender bien la historia de España desde 1650 hasta hoy quien no se haya construido con rigurosa construcción la historia de las corridas de toros... Historia que revela algunos de los secretos más recónditos de la vida nacional española durante casi tres siglos».

José María de Cossío presentó a Ignacio Sánchez Mejías a los entonces jóvenes *poetas del 27* una noche en el hotel Palace de Madrid. Uno de estos poetas, Rafael Alberti, cuenta cómo se sintió impresionado por la prestancia de «un hombre -dice- que había lidiado y dado muerte a más de setecientos toros». Los poetas del 27 tenían un altísimo concepto del folklore, tanto del cante y baile flamenco como de los toros, dos expresiones populares a las que le reconocían verdadero valor.

Si para Lorca el “cantaor” Manuel Torre podía ser el hombre con más cultura en la sangre que había conocido, el torero Sánchez Mejías era esa prodigiosa síntesis del «sal y de inteligencia» del famoso *Llanto*. Ambas manifestaciones –el cante de Torre y el toreo de Sánchez Mejías– eran para el

poeta granadino cultura, no en el sentido romántico de un popularismo creador, anónimo y difuso, de arte colectivo, sino en el más cabal de creación personal, tan bien entendida y practicada por los *poetas del 27*, que en eso, como en tantas otras cosas, habían aprendido la lección personalista de Juan Ramón Jiménez.

Cuenta el propio Alberti que Manuel Torre, genial “cantor” gitano, habló una noche en Sevilla de su propio cante «con seguridad y sabiduría semejantes a las que un Góngora o un Mallarmé hubieran demostrado al hablar de su estética». Y sin duda por eso reconocieron también en Ignacio una cualidad –la “inteligencia”– que dos poetas españolas anteriores (Bécquer y Juan Ramón Jiménez) habían considerado imprescindible para la creación lírica. Poeta y torero, torero y poeta, que tanto da, hermanados en una misma pulsión creadora. Así pues, ellos no veían en Ignacio sólo al personaje más o menos pintoresco y castizo, capaz de jugarse la vida cada tarde, sino al oficiante de una vieja liturgia y al artífice de un arriesgado ballet trenzado ante las astas de un toro. Se trata de un concepto trágico y existencial de la fiesta de los toros, que quedaba así incorporada al mundo del Arte y de la Cultura universales. Pedro Salinas dijo que los toros representan una verdadera «cultura de la muerte» propia de la sensibilidad española, y en la que la conciencia de la muerte «actúa como signo positivo, es estímulo, acicate al vivir y a la acción, y permite entender el sentido total y pleno de la vida». Y el mismo García Lorca, en una entrevista periodística que le hicieron en 1935, afirmó que

«el toreo es probablemente la riqueza poética y vital mayor de España, increíblemente desaprovechada por los escritores y artistas, debido principalmente a una falsa educación peda-

gógica que nos han dado y que hemos sido los hombres de mi generación los primeros en rechazar. Creo que los toros es la fiesta más culta que hay hoy en el mundo; es el drama puro, en el cual el español derrama sus mejores lágrimas y sus mejores bilis. Es el único sitio adonde se va con la seguridad de ver la muerte rodeada de la más deslumbradora belleza. ¿Qué sería de la primavera española, de nuestra sangre y de nuestra lengua, si dejaran de sonar los clarines dramáticos de la corrida?».».

Desde esa noche del Palace madrileño que rememora Alberti, la amistad de Ignacio con él, con Lorca, con Guillén, con Gerardo Diego y en general con todos los *del 27*, fue creciendo día a día. Por su parte, el torero, atraído por el mundo intelectual, se interesó en la obra de Góngora.

Y cuando en diciembre de 1927 esos escritores fueron a Sevilla e hicieron lo que podemos llamar la primera aparición pública y oficial del grupo y la defensa de sus ideales estéticos, Ignacio se convirtió en su mejor anfitrión en la capital andaluza. En su cortijo de Pino Montano los agasajó generosamente y les ofreció una verdadera fiesta surrealista en la que no faltaron los disfraces morunos, las experiencias hipnóticas y el prodigioso cante flamenco de Manuel Torre, el *Niño de Jerez*, al que Lorca dedicó una parte de su *Poema del cante jondo*.

Tampoco faltó aquella madrugada una inquietante visita al manicomio de Miraflores, cercano a la finca, pues el torero andaba ya muy obsesionado con el tema freudiano de los sueños y la locura, que luego convertiría en motivo de una de sus obras teatrales. Porque Ignacio, a pesar de no haber recibido en su juventud una formación académica importante, estaba ya decididamente contagiado de la



Lám. n.º 19.- El torero de capa de Sánchez Mejías se parecía al de su cuñado *Joselito* y si le imprimía menos suavidad que éste, le daba, sin embargo, una mayor emoción, una mayor emoción. En la fotografía remata con una espléndida «rebolera» (archivo familiar).

pasión literaria. Y a esa pasión se entregó, en efecto, con verdadero entusiasmo. Escribió artículos y crónicas taurinas en un periódico de Sevilla –*La Unión*–, crónicas que en ocasiones se referían a sus propias actuaciones en los ruedos. Comenzó a escribir una novela –*La amargura del triunfo*–, también de asunto costumbrista-taurino. Pero donde más se implicó y más éxitos obtuvo fue en el teatro. Escribió cuatro obras, de las cuales llegó a estrenar dos. La más importante de ellas –titulada *Sinrazón*– trata un tema entonces muy en boga en los círculos intelectuales más progresistas del país, interesados por Freud y el psicoanálisis, el sueño y la locura, lo que, sin duda emparenta la obra con la estética del surrealismo, en la que, en mayor o menor medida participaron todos los *escritores del 27*.

Fue esa pasión literaria de Ignacio la que explica por qué se implicó en los famosos actos progongorinos organizados por el Ateneo de Sevilla en diciembre de 1927. Aquella excursión mitad literaria mitad recreativa que trajo a nuestra ciudad a la plana mayor de los entonces jóvenes poetas que vivían en Madrid, ha sido contada hasta la saciedad y no voy a repetir lo que todo el mundo sabe, pero hay dos cuestiones a las que sí quiero aludir como remate a esta breve incursión que vengo haciendo en el perfil literario del torero. La primera es saber con certeza a quién hay que atribuir la iniciativa del homenaje a Góngora. La segunda –y la que más nos interesa en este momento– es la de aclarar qué papel jugó en verdad en todo ello Ignacio Sánchez Mejías.

Con la intención de saber algo más sobre esos dos puntos he consultado la documentación del Ateneo sevillano, y muy especialmente los libros de actas de las reuniones de la Junta Directiva, los de cuentas y las memorias de acti-

vidades culturales que solían redactarse al final de cada curso. De esas indagaciones se deduce que la clave de la iniciativa progongorina, y por consiguiente, de la organización de las veladas literarias de diciembre, hay que buscarla en la llegada al gobierno ateneísta de una nueva Junta Directiva en la que, bajo el mandato de Manuel Blasco Garzón, figuraban dos jóvenes escritores muy ligados a la nueva



Fig. n.º 11.— Ignacio Sánchez Mejías, el día del descubrimiento de la lápida en recuerdo de Villalón (García-Ramos y Narbona, 1988: 143).

sensibilidad literaria: el médico José María Romero Martínez y el poeta Alejandro Collantes de Terán, quienes actúan por primera vez, como Presidente y Vicepresidente, respectivamente, de la Sección de Literatura, en la reunión de la junta del 20 de junio de 1927. Es muy probable, por tanto, que a ellos haya que atribuir la propuesta de organizar algún acto en homenaje a Góngora, sumándose así a los que ya

venían celebrándose a lo largo del año en otros lugares de España. Atribución que cobra más verosimilitud cuando sabemos que entre los papeles que Romero Martínez dejó tras su muerte por fusilamiento en la Guerra Civil aparece en esbozo un proyecto de homenaje a Góngora, concebido básicamente como un ciclo de conferencias en el que estaban previstas, entre otras, las intervenciones de Salinas, Alberti, Cossío, Adriano del Valle, Rogelio Buendía, Miguel Romero Martínez (hermano de José María y notable humanista) y el propio José María. Estas notas autógrafas, carentes de fecha, bien pudieran ser anteriores a diciembre del 27, y es muy probable que Romero, al asumir la responsabilidad ateneísta, presentara a la Junta Directiva la propuesta de un homenaje progongorino, apoyada también, sin duda, por Collantes de Terán, que representaba al mismo tiempo a la revista *Mediodía*.

Al final, hay que decir que los actos, sin renunciar del todo a los propósitos conmemorativos de la muerte del autor del *Polifemo*, se orientaron más al propósito de presentar en público a los jóvenes poetas llegados de Madrid, pues ya casi vencido el año 1927, el fervor gongorista iba poco a poco atenuándose, después de tantos homenajes como se le habían rendido ya al poeta cordobés.

En cuanto al papel que Ignacio Sánchez Mejías jugó en todo eso, fueron los propios poetas quienes contribuyeron a ponderar su protagonismo.

Así Guillén habla de él como el «mecenas» que hizo posible el viaje a Sevilla. Alberti dice en su *Arboleda perdida* que un día Ignacio

«nos metió a todos en un tren y nos llevó a Sevilla. Al Ateneo. Había arreglado con su Presidente, D. Eusebio (sic)

Blasco Garzón –muerto aquí en Buenos Aires, después de haber sido cónsul en la Argentina durante nuestra guerra– una serie de lecturas y conferencias “a cargo de los siete literatos de vanguardia”, como nos llamó *El Sol*, o “la brillante pléyade”, según un diario local a nuestro arribo».

Y en artículo titulado “Federico García Lorca, en Sevilla” (1941) había precisado:

«Aunque el Ateneo era quien nos llevaba, en todos nosotros había el sentimiento de ser únicamente Ignacio Sánchez Mejías, gran matador de toros amigo, el que, dado su entusiasmo creciente por la literatura, nos trasladaba de las pobres orillas del Manzanares madrileño a las floridas del Guadalquivir sevillano».

Giménez Caballero, en un alegato contra la moda gongorina que publica en su *Gaceta Literaria* pocos días antes de la excursión, la define como «un gesto de tronío» del torero, «que compra la salvación del espíritu con lo que dicen es lo mejor de lo mejor en poesía: el gongorismo». Salinas, algo reticente con el viaje, que le parecía un extraño maridaje entre literatura y taurinismo, dice en una carta a Guillén fechada el 1 de diciembre:

«No puedo concebir, conociendo como conozco al respetable Ateneo de Sevilla, que se gaste dos mil pesetas en llevarnos. Como no sea bajo el mecenazgo de Sánchez Mejías».

Dámaso Alonso, por su parte, dice que, aunque invitados por el Ateneo,

«todo, en realidad, se debía al cariño (y sospecho que también a la esplendidez) de Ignacio Sánchez Mejías».

Y Gerardo Diego:

«Los actos celebrados en los días 16 y 17 en la Sociedad de Amigos del País, organizados por el Ateneo y patrocinados y pródigamente costeados por Ignacio Sánchez Mejías, fueron memorables ciertamente para cuantos actuamos o escucharon lo que allí se proclamó».

Todo el mundo, pues, parece dar por sentado lo mismo, incluida María Pablo-Romero, autora de un valioso libro sobre la historia del Ateneo sevillano y buena conocedora de la documentación que allí se conserva. El mecenazgo del torero se ha convertido así en un lugar común aceptado y repetido por la crítica que se ha ocupado de la *Generación del 27*. Y sin embargo en el Libro de Cuentas correspondiente al mes de diciembre de 1927 hay tres asientos que prueban, al menos formalmente, que los gastos corrieron por cuenta de la institución sevillana: “Gastos de viaje de los señores que tomaron parte en la velada literaria: 1300 [pts.]”: “Gastos de hotel de los mismos señores: 745,60 [pts.]”; “Suplido en el banquete a los mismos señores: 222 [pts.]”. Quede, pues, para la crónica menuda de la poesía española del siglo XX esta pequeña curiosidad: la primera “salida” pública de la *Generación del 27* le costó al Ateneo de Sevilla nada menos que dos mil doscientas sesenta y siete pesetas con sesenta céntimos. Una cifra entonces muy elevada si tenemos en cuenta la escasez de su presupuesto y que, al cerrar el ejercicio de ese año, quedaban sólo 900 pesetas como único saldo para afrontar el mes de enero. Si esas dos mil pesetas largas las suplió o no más tarde Sánchez Mejías es algo que hasta el momento no puede formalmente documentarse, pues nada dicen a ese respecto los asientos contables del año 1928. En mi opinión, es muy probable que Ignacio, que

también era socio del Ateneo sevillano, facilitara los contactos para el desplazamiento de sus amigos de Madrid y, una vez en Sevilla, los agasajase con generosidad, complementado así las atenciones del Ateneo, pero parece fuera de toda duda que fue esta institución sevillana la que, además de ofrecer su prestigioso nombre y las instalaciones de la Sociedad Económica de Amigos del País, en la calle Rioja, asumió la responsabilidad económica fundamental. No es mi intención minimizar el papel que Sánchez Mejías jugó en todo ello, pero sí matizar, a la vista de la nueva documentación manejada y rectificando algunas de mis propias afirmaciones expuestas en anteriores trabajos, el excesivo protagonismo que a mi juicio le hemos venido otorgando en la organización de los actos, y reconocer, en consecuencia, en su justa medida el mérito de los responsables de la Sección de Literatura y de la Junta Directiva del Ateneo, quienes, a pesar de la parquedad informativa de sus actas, se implicaron claramente en esta feliz aventura literaria. Aventura que fue todo un síntoma de modernidad y de sintonía con los vientos más renovadores de la poesía española de aquel tiempo y que dice mucho en favor de los jóvenes escritores sevillanos que en su día la alentaron.

Y también, naturalmente, en favor de la sensibilidad artística de Ignacio Sánchez Mejías, que sirvió de enlace entre esos poetas sevillanos y los de Madrid, armonizando así las dos grandes pasiones de su vida: los toros y la literatura.

